



Hasta aquí la carta. Diez días hace que la tengo en el cajón de mi bufete, sin poder acertar á contestarla. Porque, en efecto, cuando los lazos del amor se rompen, ¿qué otros sujetarán en el hogar á la hija que quiere abandonarlo? ¿Lo sabe alguno por ahí? Espero la respuesta.



ARTÍCULO DE INVIERNO.

Qui Tisonne, grisonne.

Ustedes perdonarán que por ahora saiga mi artículo tan á la buena de Dios: ¡ya se ve! con un frío de no sé cuántos grados ¿qué entusiasmo no se hiela? Me he encerrado en mi pequeño gabinete como una ostra en su concha; bueno: cierro con cuidado todas las puertas y balcones, impidiendo que el crudo vientecillo que sopla allá en las calles penetre por las juntas; ¡excelente! me arropo en los pliegues de una amorosa bata de invierno, capaz de hacer morir de envidia al mismo Méry; tengo un habano entre los labios, á guisa de calefactor económico, hundo mis pies en las sabrosas pieles y con toda delicia me arrellano en los cojines de mi sillón de estudio; sin embargo, estoy hecho un carámbano, materialmente un carámbano; apenas me atrevo á adelantar la mano para coger la pluma, envidio á los que ya duermen bajo espesas colchas, y quisiera encontrarme en Cafrería..... —¿eh?..... ¿quién dijo que era alusión á la Cámara de diputados?—tengo frío, muchísimo frío; pero, ¿qué voy á hacer? es absolutamente indispensable que yo escriba: ¡ea! ¡manos á la obra! vengan papel, pluma y tintero, estoy dispuesto á emborronar cuartillas, mientras el cierzo silba por las calles y las vidrieras de mi ventana crujen y reclinan, como si algún coloso hincara en ellas la rodilla.

Lo van ustedes á dudar; pero en Dios y en mi ánima protesto que hablo muy de veras, formalmente; y después de todo ¿por qué no han de creer ustedes que yo vivo alegre..... ¡qué digo alegre! muy alegre, en el invierno? Veo como caen una por una las hojas, ya amarillas de los árboles; escucho un monótono chasquido al cruzar en mis paseos vespertinos alguna avenida silenciosa; azota mi rostro el soplo de Noviembre, como la hoja delgada y penetrante de un puñal de Toledo, y lejos de abrigarme en el fondo de un carruaje, lejos de renunciar á aquellas vespertinas correrías, digo para mis adentros: ¡ave invierno! ¡bendito tú que llegas con el azul profundo de tu cielo y la calma y silencio de tus noches; bendito

tú que traes las largas y sabrosas pláticas con que entretiene las veladas del hogar el buen anciano, mientras las castañas saltan en la lumbre y las heladas ráfagas azotan los árboles altísimos del parque!

¡Ave, invierno! yo no tengo parque en que pueda susurrar el viento, ni paso las veladas junto al fuego amoroso del hogar, pero yo te saludo, y me deleito pensando en esas fiestas de familia, cuando recorro las calles y las plazas diciendo, como el buen Campoamor diría al ver por los resquicios de las puertas el fuego del hogar de algún amigo:

¡Los que duermen allí no tienen frío!

* * *

¡El frío! Denme ustedes algo más imaginario que éste tan decantado personaje. Yo sólo creo en el frío cuando veo cruzar por calles y plazuelas á esos infelices que, sin más abrigo que su humilde saco de verano, cubieta la cabeza por un hongo vergonzante, tiritando, á un paso ya de helarse, parecen ir diciendo como el filósofo Blas:

¡Omnia mecum porto!

¡Pobrecillos! ¡No tener un abrigo en el invierno, equivale á no tener una creencia en la vejez!

* * *

Siempre he creído que el fuego es lo que menos calienta en el invierno. Prueba al canto.

Conozco á un solterón, hombre ya de cincuenta navidades, rico como Rotschild, egoísta como Diógenes y sibarita como Lord Palbroke. Es rico, he dicho; tiene una casa soberbia; diez carruajes perfectamente confortables; una servidumbre espléndida y una mesa que haría honor á Lúculo. Nadie al verle recostado en los muebles almohadones de su cómoda berlina tirada por *two miles* americanos; cubierto por una hopalanda contra la cual nada podría el hielo mismo de Siberia; nadie, digo, podrá pensar que aquél hombre es desgraciado, perfectamente desgraciado; nadie podrá pensar que aquél soberbio Cresos padece de una enfermedad terrible: ¡el frío!

Nada más cierto, sin embargo; nuestro hombre, nuestro banquero, nuestro millonario, tiene frío. Y es lo peor que ni la chimenea noruega, ni las pieles asiáticas que tiene en su palacio son bastan-

tes á combatir aquella nieve eterna. Se encierra en su casa; busca el suave calor de las estufas; abriga sus entumecidos miembros con las pieles rusas traídas por él de San Petersburgo; impide con la espesa *portière* y el luengo cortinaje que alguna ráfaga de viento penetre por las junturas de las puertas; se cree ya salvo; se hunde en los almohadones de un canapé de invierno; pero está sólo, enteramente sólo; las mujeres mercenarias le hastian, sus amigos le explotan; no hay un sólo corazón que lata como el suyo; no hay una sólo mano que enjague sus lágrimas si llora; si muere, nadie vendrá á consolarle en su agonía, nadie irá á rezar en su sepulcro: ¿la juventud? ¡ya ha pasado! ¿el amor? ¡imposible! ¿las riquezas? ¿qué valen? ¿el recuerdo? ¡es el remordimiento! ¿la muerte? ¡héla que llega.....! los leños de la chimenea crujen como si también llorasen; tiemblan los cristales; las salas están desiertas y sombrías..... ¡qué soledad! ¡qué tristeza! ¡qué horrible frío!

* * *

Mi buen amigo:

Sé que me quieres y por eso te escribo, robando para ello algún instante á la santa felicidad de mi existencia. ¡Soy tan dichoso! ¿Te acuerdas de mi Lupe? ¡Es tan buena, tan sencilla! ¡Yo la quiero tan á la buena de Dios, como tú dices! ¡Es tan bello el angelito que Dios nos ha dado! ¡Si lo vieras! Tiene la cabecita rubia y los ojos negros, brillantes, húmedos, como los de Lupe; ¡alma de mi alma! Cuando yo le miro dormido en su cuna, con las manos plegadas sobre el pecho; cuando caliente sus entumecidos piesecitos con mis besos, me parece que no hay felicidad..... ¡qué ha de haber! como la mía, y lloro, sí, no me avergüenzo de decirlo, lloro y abrazo á Lupe, mi otro angel, y salto como un niño..... ¡vamos! ¡si creo que voy á volverme loco de contento!

Vente con nosotros; te esperamos: deja tus monótonos paseos, los cafés, los bailes, los teatros; ven á olvidar tu escepticismo concentrado, tu eterno *spleen*, tus desengaños, ya verás cómo envidias..... sí, porque la envidia es á veces muy justa y hasta santa. Mira: te dispondrémos la alcoba en una pieza tapizada de azul, como á tí te gusta; pondrémos algunos tiestos con flores en la ventana, un sillón cómodo y mullido junto al caliente lecho, y en la mesita de noche algunos libros, como *Papá, mamá y el niño*, por ejemplo: ese es el libro que solemos leer nosotros por las noches..... ¡no te asustes! he tenido la precaución de arrancarle cuidadosamente algunas páginas. Ya verás si soy dichoso, cuando en estas largas noches de invierno vuelvo desde temprano á mi casita, y mientras Lupe, con su bata blanca y su rosa, blanca también, en el cabello,

toca algún wals de esos que te hacen cosquillas en los pies, yo leo perezosamente algún buen libro, mirando con el rabo del ojo á mi mujercita, que aquí para *inter nos*, es un libro más digno de ser leído ciertamente, que todos los volúmenes que tú aglomeras en tu biblioteca.

No somos ricos, bien lo sabes; pero cuando después de trabajar durante el día vuelvo á mi hogar, y Lupe con nuestro angelito entre los brazos sale á recibirme, soy tan feliz, me juzgo tan dichoso, que..... ¡vas á dudarlo! no me cambiaría por el más opulento millonario. ¿Qué riquezas hay que puedan compararse á la santa paz de mi alma? Si estás triste, si estás decepcionado, vente á pasar algunos días con nosotros: somos tan felices, que quisiéramos salir por esas calles diciéndolo á voz en cuello, para que todos participasen de nuestra dicha!

CARLOS.

* * *

Ya lo ve Ud., lector, mi amigo Carlos, sin estufas, ni abrigos, ni carrozas, disfruta de un calor del que no goza el más encopetado millonario. ¡El alma! ¡hé ahí la chimenea que debe conservarse bien provista para las largas noches del invierno!

Car l'hiver ce n'est pas la bise et la frovidure
Et les chemins deserts qu'hier nous avons vus;
C'est le cœur sans rayons, c'est l'ame san verdure,
C'est ce que je serais quand vous n'y serez plus!

* * *

Tengo para mí que el recuerdo es un calefactor en que debe pensarse muy de veras cuando el furor industrial, siempre creciente, agota las hulleras y las minas de carbón de piedra. Yo de mí sé decir que encuentro en el arenal de mi memoria, así las nieves y el hielo de los polos, como el fuego del Africa y del Asia. Por eso, cuando hundo mi cabeza en la caliente almohada, me arrojé en mis colchas y espero las blandas caricias del sueño, miétras miro cómo se descompone y se transforma el humo que asciende en espiral de mi cigarro, evoco si siento un estremecimiento de frío, alguna memoria, y me caliento á su fantástica sombra. ¿Lo dudais?

Tengo un amigo, entrado ya en años, pero joven de espíritu, poeta si lo hay, aunque en su vida,—¡y cuidado si es larga!—ha tenido la ocurrencia de ensartar un verso; padre de dos mocetones

bigotudos y robustos como dos sargentos, y para fin y postre, comerciante. Ello es, empero, que ni la nieve de los números, ni los afanes de la vida práctica, han sido bastantes á aniquilar el poético entusiasmo de mi amigo, que todavía, bajo la escarcha de su cabello cano, siente hervir la generosa hoguera de la juventud.

Pocas noches hace departiamos los dos amigablemente, sentados ambos en torno de una mesita de *papier-maché*, cargada, por más señas, con dos tasas chinas de transparente porcelana, una soberbia cafetera llena de delicioso moka, dos tarros de cristal con licor de la Cartuja, una caja, abierta, de codiciables puros, frescos todavía por las húmedas brisas de la mar. Hablábamos del frío, y mi amigo, con su voz cascada, narróme, si no me es infiel la memoria, lo siguiente:

—Tenía, allá en mis mocedades, una novia, bella como una figura del Ticiano, rubia como las espigas de trigo, y tan sencilla que, á no decirselo yo, no habría sabido sino hasta Dios sabe cuándo, que era hermosa. ¡Pobre Clara! Ella me quería como quiere una mujer á los quince años. ¡Yo la amaba con el fuego de mis veinte mayos, y aún al recordarlo parece que la amo todavía! Una tarde salimos, como de costumbre, por el campo, ella apoyada en mi brazo y yo confuso y trémulo como un niño que espera la sentencia de algún infantil é inocente pecadillo. Sin sentirlo, ella y yo nos alejamos de su madre que atrás venía poco á poco internándonos en lo más intrincado del follaje. Yo sentía que su brazo temblaba junto al mío: miraba cómo el rubor teñía con un tinte rosado su semblante..... De pronto, Clara se desprende de mi brazo, y lanzando una alegre carcajada, corre como una cervatilla por el campo: yo la sigo; ya la alcanzo; tiendo los brazos, estrecho su cintura, vuelve ella la cara, miro un pequeño racimo de uva entre sus labios, quiero quitárselo, ella lo defiende, y sin quererlo, casi sin pensar en ello, se unen nuestros labios, laten nuestros pechos, y un beso, el más santo, el más puro, el más sublime, suena de pronto entre aquella soledad y aquel silencio.

¡Dígame Ud., lector, si no producen un calor cariñoso estos recuerdos!

* * *

¡Invierno, invierno; dicen que eres tú la imagen de la vejez! Hoy eres entonces el retrato de la humanidad..... ¡Todos somos viejos!

HUMORADAS DOMINICALES.

Junio 20 de 1886.

Tomábamos juntos la ambarina cerveza Strasburgo, cuando pasó en su rápido coupé.

—¿La conoces?—me dijo Luis dejando el vaso.

—Sí,—le contesté—es madame Vénus. No sé su verdadero nombre, ignoro su condición y procedencia; mas ¿qué importa? para mí viene siempre del Olimpo.

—O del infierno. Esas uñas delicadamente sonrosadas se encajan como garfios en la carne; esos brazos aprietan hasta sofocar; esa boca devora fresas y fortunas.

—¡Imposible!

—Huye de ella: es la epidemia. Los deseos que despierta son mortales como el cólera. Es una forma bella de la muerte. ¿Quieres saber su historia? Vas á oírla.

No se sabe á punto fijo en qué parte nació. Es una mujer internacional. Cuando alguno de sus amantes le pregunta si es belga ó nació en Francia, ella contesta: «¿Para qué averiguarlo? Sólo sé que me concibieron mis padres en un momento de admiración.» Y en efecto, Madame Vénus, como tú la llamas, es divinamente hermosa. La única pureza que tiene es la pureza de las líneas. Un artista podría encontrar su boca algo incorrecta y su nariz un tanto cuanto canalla; pero esas imperfecciones la hermocean. Posee la serenidad de las estatuas y el gracioso mohín de las grisetas. Los griegos admiradores de la desesperante perfección, no la habrían venerado como diosa: los parisienses, sí.

Sin duda alguna, esa mujer no puede haber nacido de una familia honesta de trabajadores. Procede de una selección mejor. La madre sería tal vez vulgar y pobre; el padre, no. De éste ha he-

redado la distinción y la elegancia; de aquella los instintos bellos y la avidez de prostituta. Podría jurarse que nació de contrabando.

Mas ¿á qué remontarse á los comienzos de su vida? Las fuentes del Nilo son ignotas. Nadie puede decir á ciencia cierta cuál es el microbio que produce el cólera asiático. Confórmate con verla tal como es: por otra parte, sería preciso hacer un gran esfuerzo de imaginación para figurarse cómo era cuando niña. Yo le niego hasta el candor supremo de la infancia. Hay mujeres que nacen de treinta años.

¿Los ha cumplido Madame Vénus? La edad de las estatuas no puede determinarse á primera vista con absoluta precisión. Y Madame Vénus es una escultura de carne. No busques en ella más que la hermosura plástica; cuando va al templo para exhibir su traje ó aprovecharse de la puerta de la sacristía, oye que el ángel de la guarda llama á su alma, y dice: Ausente! ¿Para qué habría servido el alma á Madame Vénus? El alma no se viste de raso, ni tiene hombros desnudos que enseñar; el alma es como esas costureritas honradas á quienes nadie conoce: el alma es cursi. Puedes decir que el alma sirve para amar; pero Madame Vénus no ha amado nunca. El amor da á todas las caídas la gracia de los gladiadores romanos. Caer amando es caer de rodillas. Madame Vénus cae como la mano gruesa del ladrón sobre un puñado de monedas. Mejor dicho, Madame Vénus no ha caído nunca. Nació acostada y en el suelo.

El único amor que siente es el amor inmenso á su hermosura. Por eso la perfuma, la reviste de encajes y de sedas, y le da como ofrenda joyas y oro. Si pudiera ponerse de rodillas, sin que su propia imagen mudase de actitud en el espejo, se arrodillaría ante sí misma. Ella es la diosa, el sacerdote y el creyente. Si amara, apostataría.

¿Qué es el mundo para ella? un vasto campo en el que puede pedirse la bolsa ó la vida amartillando la mirada, como lo hacen los bandoleros en el bosque amartillando la pistola. Madame Vénus tiene el oficio más prosaico: el de ladrona. Roba en primer lugar á su marido, á quien no da nada en cambio de la modista, el palco y el carruaje. Y también roba á todos sus amantes el corazón, la honra y la fortuna. Casó con un banquero, como el ladrón entra de preferencia en una casa rica, buscando objetos más valiosos que apropiarse.

Hurta para su cuerpo, así como otros roban un pedazo de pan para sus hijos que se mueren de hambre. Ama mucho sus brazos mórbidos, sus hombros, su garganta torneada: es el amante de su propia hermosura. Y ávida siempre registra con la mirada los bolsillos y saca las monedas con los dientes.

Ha tenido tantos amantes como trajes: uno, azul; otro, Pablo;

éste, crema; aquel, Arturo. Pero estudia la lista de los *mil y tres*. ¡Ninguno pobre! Yo la perdonaría, si hubiera amado á un cochero!

Sus cartas de amor están escritas en papel Wattman rayado para cuentas. Vé la moneda de oro que brilla en el fondo del estanque, y se lanza á cojerla con la habilidad del buzo. Así ha bajado á muchos corazones. Logrado su deseo, deja al amante. Esto es, sale del estanque y se enjuga con una toalla.

No, no es Madame Vénus; es Madama Vampiro. ¿Has visto alguna vez cómo chupan los niños las naranjas, pegando los labios á un pequeño agujerito, y las dejan enjutas como la vejiga llena de aire que se taladra con un alfiler? Pues eso hace con las fortunas Madame Vénus. Pega los lábios á la nuca del caudal, y le sorbe hasta la última gota del oro.

Cierta vez penetré en su tocador. Mientras la diosa rapaz aparecía, entretúveme en ver y registrar el guarda-ropa y los estuches de las joyas. Y me pareció oír que las piedras preciosas murmuraban:

Coro de diamantes.—Somos las piedras insolentes y criminales. Somos el carbón aristocrático. Somos la calumnia de la gota de agua. Somos el rocío de la mujer. Para nosotros, sólo para nosotros, es la hermosura de Madame Vénus. Y corremos, saltamos y brillamos en ese cuerpo de alabastro como traviesos duendes. Sólo es nuestra.

Los aretes de perlas.—Nosotros oímos las quejas amantes que han llegado á sus oídos. Cuando el amante es pobre, contestamos: «vuelva usted, la señora no está en casa.»

El collar.—Yo rodeo su garganta escultural. Soy una libranza falsificada.

Dos brillantes.—Somos dos lágrimas de una mujer honesta y bella, que espera en vano á su marido.

Un anillo.—Yo fuí robado por un hijo á su propia madre.

Un rubí.—No hagáis ruido. ¡Soy una gota de sangre!

Y aquel coro infernal era absolutamente verdadero. Madame Vénus roba: su belleza tiene trescientas hipotecas. Y sin embargo, ¡he visto ahorcar á muchos ladrones y prender á muchas cortesanas!

Algunas veces, cuando la caza escasea en tiempo malo, Madame Vénus recurre á medios más ruines que los habituales. Roba entonces con cincuenta y dos cómplices, entre los que figuran cuatro reyes, cuatro caballeros y cuatro damas. Y con dos ganzúas tan formidables como delicadas; los pies. Observa la mesilla de palisandro en que juegan al pókhart. Madame Vénus está impasible; es la ladrona augusta. Las cartas, obedeciendo las leyes de una sabia combinación, la favorecen. El jugador quisiera huir, mas de improviso siente el contacto de un pie tímido que comienza á atreverse. Y á medida que las distancias se estrechan y los pies se ha-

blan entre sí de muchas cosas, las pérdidas aumentan. Hay opresiones de ese pie aleteante que cuestan un billete de mil pesos. Y cuando acaba la sesión, queda pobre, arruinada una familia. Los reyes vuelven con su manto de púrpura á la inamovilidad del trono. Los caballos ya no caracolean sobre onzas de oro, y los pequeños pies de Madame Vénus se apartan de los botines derrotados. ¡Han ganado la batalla!

¡Huye de ella! No viene del Olimpo como tú crees; viene del Ganges. Es una fuerza destructora. Disuelve los corazones en su copa de oro, como Cleopatra disolvió una perla. Acabo de presentarla á tus ojos de cuerpo entero. Mas no conoces todavía los pormenores de los dramas en que ha figurado como protagonista. Voy á referirte algunos para librarte del contagio. Apura tu cerveza de Strasburgo y pide otras dos botellas. Pero aguarda..... Tengo que dejarte. Han dado ya las seis en el reloj de la sala de mi novia. Mañana ú otro día hablaremos largamente de Madame Vénus y sus aventuras. Sin embargo, no olvides, entre tanto, mis consejos. Amárrate como Ulises al mástil del navío, para no ceder á la tentación de las sirenas. Si no encuentras un mástil, amárrate á tu bastón de cerezo. Lo dicho: Madame Vénus es ladrona.

Pero,—á decir verdad—huelgan todos mis consejos. Madame Vénus huye de las carteras deshabilitadas. No meterá la mano en los bolsillos de tu chaleco; ¡no es ratera!

Julio 10 de 1887.

Casi cuantas noticias llegan del interior de la República se refieren á inundaciones y extragos causados por el exceso de las lluvias. La niña que oye el ruido de la lluvia, mientras borda unas pantuflas para el padre; el pensador que escribe en el silencio de su gabinete; el trasnochado paseante á quien la lluvia empapa hasta los huesos, piensan á veces en las pobres víctimas á quienes ha dejado sin casa y sin hogar la ira desapiadada de las nubes.

¿Qué es una tromba? El abismo de arriba que nos sorbe; el vampiro negro que muerde la nuca de una aldea y chupa hasta la postrera gota de su sangre. Aquí, en las calles, en los sitios públicos, en las casas tan sólidas y firmes, la tromba inspira poco ó ningún miedo. Las nubes son para nosotros la cortina de sol que pone el cielo para templar la atmósfera del mundo. En ocasiones nos enfadan y molestan, y suelen hacernos travesuras de mal género; rociarnos la cara con sus jeringas invisibles; escupirnos, como esos

charlatanes que al hablar se aproximan á nosotros y nos mojan el rostro de saliva; sobre todo, las nubes nos obligan á comprar paraguas y, lo que es peor todavía, á salir con él. Pero, en resumen, las nubes son atentas, serviciales; las maldecimos cuando impiden un paseo, cuando interrumpen una visita, cuando nos manchan un sombrero nuevo; mas no tenemos frases elocuentes para alabar la prontitud y eficacia con que suavizan la temperatura, riegan las calles y ahogan las calenturas perniciosas. La prueba es que cuando la estación de lluvias se retarda, todos vemos con odio el azul transparente de los cielos, parecido en lo claro y brillante á la pupila de una mujer sin corazón. Queremos que las lágrimas lo empañen, y desde la enhiesta espiga que el sol quema, hasta la niña rubia que se muere de calor, cuanto vive en la naturaleza es una inmensa inspiración al agua. Para sentir el hondo miedo que producen las nubes, es necesario haberlas contemplado desde el puente de un barco ó desde el campanario de una aldea acurrucada al pie de la montaña. Recuerdo haber oído de los labios vulgares de un labriego el relato de una terrible inundación.

La mañana de aquel terrible día—contaba con acento dolorido—fué húmeda y brumosa. A lo lejos se oía el resuello colosal del río. Desde las ocho comenzó á llover: una lluvia que parecía brincar en los tejados como si fuera de cabezas de alfiler, nos tenía confinados en la casa. Yo vivía en el molino con mi esposa, mi padre y mis dos hijos. Mi padre, enfermo y en edad muy avanzada, no podía trabajar, y apenas, en los días de primavera, daba unos pasos en el campo. Lo demás del año lo pasaba tendido en un sitial que por las tardes acercaba á la ventana. Por fortuna, yo estaba fuerte aún, sano, robusto y á fuerza de trabajar en el molino que tenía en arrendamiento, ganaba lo bastante para el sustento y vestido de los míos. El primogénito comenzaba á ayudarme en el trabajo, como que tenía ya más de doce años. María, la pequeñuela, con ser tan cliica como era, servía de mucho á la mamá en las haciendas y faenas de la casa. Y como no me espanta la labor, por penosa que sea, y como amaba locamente á mi familia, bien puedo asegurar que era feliz.

La mañana de que hablo no salió ninguno de la casa. Era esta de tablones de madera, pero bien ajustados y pulidos para que el aire no lograra entrar. Por miedo de que los niños enfermasen—porque daña y enferma la humedad—la hicimos alta. Recuerdo aún con cuánto gozó la veía, cuando, al volver de mis constantes excursiones á los pueblos cercanos, donde vendía á buen precio las harinas, divisaba el esbelto cono de su techo, las paredes pintadas de encarnado y la airosa escalera puesta al frente.

Pero..... con mis recuerdos y memorias prolongo la narración y la distraigo de su objeto! Como decía, esa triste mañana no salimos. Fué necesario prender luz para almorzar, porque la bruma

era muy densa y apenas nos veíamos los semblantes. Santiago—mi hijo—y yo pasamos largas horas en escribir, á la luz escasa de un mechero, las cuentas del molino, que, por ser día de fiesta, abandonamos. Apenas nos sentamos en la mesa, cuando el agua arreció. No era entonces ya la lluvia helada y menudita que chisporroteaba en el tejado. Caían chorros del cielo, y á la vez parecía que el aire espeso se iba trocando en una lámina de plomo. Margarita—mi esposa—estaba triste y asustada. Rogando á Dios que conjurase la tormenta, prendió el cirio bendito que el cura le regaló el día de Pascua. De cuando en cuando, sus amados lábios se entreabrían rezando el *Magnificat*. Mi padre, por enfermo, no comió: dormía en la pieza contigua sin que los rezos ni el chubasco le inquietasen. María—mi querubín de negros ojos—no quiso separarse ni un momento del lado de la madre. La víspera había comprado una muñeca en la feria del pueblo, y la arrullaba suavemente entre sus brazos.

Al caer la tarde, la lluvia era verdaderamente torrencial.

Santiago se atrevió á salir fuera de la casa para medir el peligro cara á cara. Al volver, me dijo algunas palabras en voz baja.

El río empezaba á desbordarse. Con efecto, á poco rato el agua que inundaba la campiña subía dos gradas en la escalera de la casa. Era preciso huir; mas, ¿de qué modo? El pueblo estaba lejos, y además no podíamos marchar á la intemperie, llevando en hombros á mi anciano padre. Más cuerdo era esperar, confiando en Dios. De codos en el pretil de la ventana, sintiendo el frío penetrante de la lluvia, pasé una hora. María estaba dormida en su camita, abrazando la muñeca. El río, como un titán colérico, se revolvía en su cauce, sacando á fuera un medio brazo, medio cuerpo, y rugiendo como una fiera encadenada. El clamor sordo del abismo llegaba á mis oídos como un toque de muerte. La niebla nos había ocultado en la mañana la crecida del río; pero, en aquél instante era imposible ya cerrar los ojos á la inminencia del peligro. Relinchaban los caballos en las caballerizas y los bueyes mugían en el establo. Vislumbres movedizos de acero indicaban la marcha de la inundación. Margarita, azorada, lanzó un grito.

—No te asustes—le dije;—el agua ya no puede subir más.

—No hay peligro ninguno, madre mía,—agregaba Santiago;—la casa es sólida y resistirá.

Pero, entre tanto, crecía el clamor inmenso de las aguas y aumentaba el espanto de las bestias en los corrales y caballerizas.

De repente, un estruendo formidable sacudió la campiña. El agua corría con la violencia de una fiera que rompe los barrotes de su jaula.

Oímos el crugir de la madera desquebrajada, y caballos y bueyes derribando las puertas, echaron á correr por la llanura. El grueso

de las aguas en el río, arrastraba cuerpos de animales y troncos descuajados y peñascos.

Ya era preciso huír; pero ¿por dónde? La inundación subía y era imposible atravesar el llano á pie. Y subía más minuto por minuto, siendo ya como un mar que se incorpora. Entonces, con martillos y tenazas, rompimos los tablones de madera.

Mi padre, mi mujer, mi hija María, todos pedían misericordia, pero sus gritos se ahogaban en el tumulto de las aguas. A fuerza de trabajos, espoleados por el instinto de la conservación, logramos improvisar en corto espacio, una imperfecta balsa de madera.

Mi padre entró primero, luego mi esposa con María en los brazos, en seguida Santiago y al último yo. Y la balsa pequeña y mal unida, comenzó á caminar sobre las aguas. Y sin decir una palabra sola, nos acercamos los unos á los otros, como si así quisiéramos impedir que la muerte nos separase. Yo contemplaba el río y decía en mi interior:—¡Infame! ¡infame!—En sus riberas, fértiles y amenas, hablé por primera vez con Margarita. Entonces sus rumores cadenciosos acompañaban mis conversaciones. Pero en aquél minuto de pavor, era el vil asesino que se erguía para hundirme en el pecho un puñal!

Aumentaba la fuerza de las aguas. A cada instante creíamos ver la luz de un bote ó la hoguera encendida en la azotea de alguna casa. ¿Nos acercábamos al pueblo ó nos alejábamos de él? ¡Imposible saberlo! La obscuridad era absoluta. Y así pasamos cuatro ó cinco horas esperando el socorro que no venía por parte alguna. Poco á poco el río se iba apoderando de nosotros. La corriente de las aguas nos arrastraba á él sin que hubiera camino de evitarlo. Y de improviso un recio tronco chocó con nuestra balsa y todos nos hundimos en el agua.....!

El mismo choque me arrojó fuera del río á los terrenos inundados. Allí pude nadar con mi hija en hombros. Pero, ¿y mi padre? ¿y Margarita? ¿y Santiago? ¡Todos arrebatados por la avenida! Todos perdidos sin remedio! ¡Infame! ¡Infame! No sé cuantas horas duró mi brega con el abismo. Amaneció. Gentes del pueblo me recogieron con mi hija en un bote de pescadores. Estábamos en salvo; pero ¡ay! mi padre, mi mujer y mi Santiago dormían bajo el sudario de las aguas. Mi casa y mi molino desplomados, sepultaron con ellos mi fortuna. Sólo María salvó de aquél desastre la muñeca que el día anterior había comprado.

CRÓNICA COLOR DE BITTER.

No tiembles ya; las aves azoradas, que volaban en todas direcciones, han vuelto á pararse en las cornisas de las casas y en las cruces de las torres; los árboles no sacuden más sus cabelleras trágicas, y el dormido titán que habita las entrañas de la tierra, yace descoyuntado, inerme y mudo, como el demente cuando pasan sus accesos. Acerca á tus delgados labios que el temor amarillea, la taza en que hierve el té, casi tan rubio como tus cabellos. Reposa tu cabeza sobre mi hombro y deja que se colorean tus mejillas con los matices escarlatas de los mirtos. ¿No ves? El sol arroja, como siempre, su menuda lluvia de oro, y las amedrentadas golondrinas vuelven á travesear en la cabeza calva de San Pedro y en las túnicas de piedra que visten los Profetas en sus nichos. La bomba azul que cuelga del pulido artesonado y que guarda tu sueño por las noches, vacila cada vez más lentamente como la rapazuela juguetona que se queja dormida en el columpio. El reloj que contó nuestros minutos de pasión ha detenido sus agujas negras en la hora del terror; pero mi mano moverá de nuevo el péndulo y verás cómo torna á caminar, á manera del infeliz hebreo que no dió de beber á Jesucristo. Vuelva la sangre á circular por tus venas como ya ha vuelto el movimiento de la vida á las calles henchidas de carruajes y de gente. No tiembles más: descansa aquí, sobre mi pecho, mientras acerco á tus labios pálidos la taza, como si diera su tisana á un niño enfermo. ¿No quieres que pongamos en el te unas gotas de cognac? Ya nada tienes que temer: habla, sonríe; no dancan ya las copas en la mesa, ni el cordón de la campana azota las paredes. Ha concluido el terremoto, y la materia, eternamente esclava, no se mueve con bruscas rebeldías; solo tu corazón late violentamente junto al mío. La muerte que pasó sobre nosotros cerrando sus grandes alas de lechuza, está muy lejos. La luz se está riendo de nosotros.

El pastel que dejaste mordido sobre el plato blanco; la diminuta